

EFEMÉRIDE: GUTIÉRREZ MELLADO EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO.

Fernando Puell de la Villa. Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED.

E-mail: fpuell@iugm.es

El pasado 30 de abril el general Gutiérrez Mellado hubiera cumplido cien años y aunque haga ya dieciséis de que un trágico accidente le costara la vida, su memoria sigue viva en la mente de muchos españoles.

Leí una vez en algún sitio que las batallas se libran en lugares remotos y que los actos heroicos que engendran suelen producirse en lo alto de una remota y desconocida cota y ante un centenar escaso de testigos visuales. A veces y a raíz de ello, el Estado recompensa al héroe a instancias de las autoridades militares y sobre la base de relatos de segunda mano, pero sólo en muy contadas ocasiones el hecho trasciende al gran público, la mayor parte de las veces por meras exigencias propagandísticas.

Antaño, las gestas militares se mitificaban en pliegos de cordel y canciones de ciego; luego, el cine se encargó de popularizar algunas de ellas convenientemente aderezadas, papel que hoy día es competencia de la televisión. Sin embargo, ninguna gesta ha podido ser nunca visionada en directo y simultáneamente por varias decenas de millones de espectadores. El general Gutiérrez Mellado tuvo este raro privilegio.

Por mero azar, por el simple descuido de un guardia civil que no advirtió que una cámara de televisión seguía encendida, España entera contempló atónita cómo una frágil figura, en la que la mayoría de los españoles probablemente nunca habían reparado, se alzaba intrépidamente de su escaño y, sin más armas que la palabra, hacía frente a una docena de fornidos golpistas, que empuñaban pistolas y subfusiles, que no dudaron en hacer uso de la fuerza para intentar vanamente derribarle y que, al no lograrlo, abrieron fuego para impedir que desde otros escaños se imitase su gesto de gallardía. Aquel vídeo dejó grabada para la posteridad la imagen de un soldado ejemplar, que había salido en solitario a defender la recién ganada libertad de los españoles.

Esta gesta televisada alcanzó categoría de pliego de cordel y su reiterada retrasmisión durante los últimos treinta años ha convertido al general Gutiérrez Mellado en un mito, en un personaje de leyenda, para varias generaciones de españoles. Esa es en suma la razón de que, a los cien años de su nacimiento, su nombre permanezca vivo en el recuerdo de muchos españoles. Pero Gutiérrez Mellado no es sólo el general del 23-F y su vida, su obra y su legado son totalmente desconocidos.

Nadie sabe que quedó huérfano a edad muy temprana, que estudió bachillerato gracias a la solidaridad de su familia y con matrícula de honor en todas las asignaturas, que fue un ingeniero industrial frustrado por falta de recursos económicos y un solitario adolescente, albergado en pensiones con olor a repollo y lavabos de palangana, mientras se preparaba para ingresar en Zaragoza, en la Academia que Primo de Rivera acababa de poner bajo la dirección del general Franco.

Tampoco se sabe que salió teniente de Artillería con el número uno de su promoción, ni que en julio de 1936 se alzó en armas contra la República en un cuartel de Campamento, cerca de Madrid, del que logró huir tras su capitulación para buscar cobijo en Villaviciosa de Odón, el pueblo donde, de niño, su familia materna le acogía durante las vacaciones de verano.

A los pocos días, por consejo de los vecinos, regresó a Madrid y fue encerrado en el mismo colegio donde había estudiado, convertido en prisión de circunstancias, y donde la suerte le libró de ser incluido en alguna de las fatídicas listas que conducían a los reclusos al espaldón de Paracuellos.

A principios de 1937, su familia logró que un tribunal popular lo absolviera del delito de rebelión por falta de pruebas y, tras una fugaz estancia en una embajada, se unió voluntariamente al embrionario servicio de inteligencia que proporcionaba vitales datos a las tropas franquistas que asediaban Madrid. Con mono de miliciano y documentación falsa, organizó el traslado a la zona rebelde de más de un centenar de pilotos y de oficiales de Ingenieros, especialidades que no abundaban en el campo franquista. Y también se las agenció para instalar una emisora de radio en un edificio de la Gran Vía para informar al sitiador sobre el emplazamiento de las baterías republicanas, la ubicación de sus depósitos de munición o los planes para la segunda ofensiva de Brunete, cuyo estruendoso fracaso convirtió la ocupación de Cataluña en un paseo militar.

El valor y entereza que tuvo que derrochar durante casi tres años superan con mucho los derrochados el 23-F, aunque entonces no merecieron el debido reconocimiento de sus compañeros de armas, y durante la transición algunas lenguas malintencionadas incluso propalaron que había permanecido emboscado durante la guerra.

Finalizada ésta, se diplomó en Estado Mayor y permaneció ligado a los servicios de inteligencia hasta mediados de la década de los cincuenta, momento en que pasó destinado a la Escuela de Aplicación y Tiro de Artillería.

La España de hoy no es consciente del exiguo sueldo que por entonces percibían los militares, quienes se vieron abocados a buscar un trabajo a tiempo parcial que les permitiera sacar adelante a sus familias. Aproximadamente dos tercios de los oficiales destinados en las grandes ciudades practicaron el llamado pluriempleo hasta finales de la década de los setenta, pero fueron muy pocos los que, como Gutiérrez Mellado, tomaron la amarga decisión de dejar de vestir temporalmente el uniforme por considerar poco ético compatibilizar dos trabajos, normalmente en detrimento de su plena dedicación a la milicia. Aunque las Fuerzas Armadas lo hayan olvidado, deben a Gutiérrez Mellado que hoy en día ningún militar tenga que pluriemplearse para vivir con un mínimo de dignidad, y sin duda fue aquella triste experiencia la que le incitó a luchar con uñas y dientes por equiparar las retribuciones de sus compañeros con las de los funcionarios civiles de similar rango administrativo.

Al acercarse la hora de su ascenso a coronel, retornó al ejército y le fue concedido el mando de un regimiento madrileño, puesto en el que su nombre comenzó a alcanzar cierto eco gracias a la incruenta hazaña de lograr derrotar, con las escuetas fuerzas del formulario y exiguo bando rojo puesto bajo sus órdenes en unas maniobras de otoño, a la potente División Acorazada que constituía el bando azul.

En 1970 ascendió a general de brigada. Era uno más del entonces nutrido escalafón de generales que acudía puntualmente al despacho para desempeñar tareas de profesorado en el CESEDEN. Pero su inteligencia y capacidad de trabajo atrajo enseguida la atención de su director, el teniente general Díez-Alegría, quien le llevó consigo cuando fue nombrado jefe del Alto Estado Mayor, cargo equiparable al del actual Jefe del Estado Mayor de la Defensa.

Su ascenso a general de división le condujo a Ceuta, mando que ejercía en el momento de la muerte de Franco y que compatibilizaba con el de jefe de la delegación militar que negociaba un nuevo tratado con Estados Unidos. A partir de este momento, una serie de azares le condujeron al primer plano de la actualidad.

Primero, la prematura muerte de un teniente general permitió que alcanzase este empleo y después, la entrada en escena de Adolfo Suárez, quien ya tenía conocimiento de las virtudes que le adornaban, le llevó primero a la jefatura operativa del Ejército de Tierra y apenas tres meses después a la Vicepresidencia del Gobierno para Asuntos de la Defensa, concebida para impulsar desde ella la inaplazable reforma de las Fuerzas Armadas.

En ese momento la opinión pública española se fijó por primera vez en aquel general enjuto, de rasgos afilados, siempre con un pitillo en la boca, que aparecía sentado en silencio al lado de Suárez en el banco azul del Congreso. Pero no sabía que, mañana, tarde y noche, en su despacho del Complejo de la Moncloa, rodeado de un pequeño y eficaz equipo de colaboradores, se estaban poniendo los cimientos de la espectacular transformación de las Fuerzas Armadas producida en el último cuarto del siglo XX.

Desde aquel despacho se creó y configuró el Ministerio de Defensa, se modernizó la estructura operativa de las Fuerzas Armadas, se apartó definitivamente a los militares de la política, se reformaron las Ordenanzas de Carlos III, se erradicó el pluriempleo, se nivelaron las escalas, se dotó a los profesionales de la milicia de un sistema de seguridad social con prestaciones similares a las del resto de la población española.

Mientras allí se trabajaba en silencio y con suma eficiencia, el ruido de sables atronaba en los cuarteles y en la calle. Y Gutiérrez Mellado tenía que abandonar su despacho para presidir funerales de compañeros abatidos por el terrorismo, donde fue varias veces abucheado e insultado por mastuerzos reaccionarios. Cuando de los insultos se pasó a los hechos, fue también Gutiérrez Mellado el encargado de salvar el honor de las Fuerzas Armadas, haciendo frente a pecho descubierto a los engañados esbirros de la caverna empeñada en evitar que España entrase en la vía de la modernidad y que llegase a alcanzar el dignísimo puesto que actualmente ocupa en la comunidad internacional.

Tras el 23-F. el general Gutiérrez Mellado volvió a desaparecer del primer plano de la actualidad y la clase política pareció olvidarse de él, cosa que no ocurrió entre la gente de a pie, asombrada y reconocida ante la gesta que había protagonizado en el Congreso y que había tenido el privilegio de contemplar en directo. Pasaron varios años hasta que le empezaran a llover reconocimientos oficiales: medallas y condecoraciones, un título nobiliario y, por encima de todo, su ascenso honorífico a capitán general, a propuesta unánime del Consejo Superior del Ejército.

Me atrevería a decir que la figura de aquel gallardo militar terminará desvaneciéndose en la memoria colectiva a medida que pase el tiempo, proceso que sin duda ya se ha iniciado. Sin embargo, su obra nunca se marchitará. Y no me refiero sólo a su aportación a la modernización de las Fuerzas Armadas y a su decisivo papel para que la transición llegase a buen término, sino sobre todo a su importante legado que seguramente sobrevivirá a cuantos ahora conmemoramos su centenario.

Me refiero en primer lugar a la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, fundada por él en septiembre de 1986 y que presidió hasta su muerte. La Fundación nació con la vocación de que la sociedad ayudara a la juventud a superar la atracción a la droga, en un momento en que la heroína causaba pavorosos estragos. Su fundador pretendía que la sociedad no se contentase con intentar paliar sus efectos o reprimir su tráfico y consumo, sino que prestase a los adolescentes el apoyo moral necesario para rechazarla, para tener la valentía de decir “No, gracias”, como proclamaba el cartel de una de las primeras campañas publicitarias patrocinadas por la Fundación.

Las campañas de la Fundación han sido realmente efectivas y la memoria publicada el año pasado, al cumplirse sus bodas de plata, se vanagloria de haber patrocinado 39 campañas publicitarias en diversos soportes, cuyo impacto social ha sido realmente importante. Encuestas encargadas por la Fundación indican que el 85 por ciento de la población española conoce las campañas y opina que son muy valiosas, y el 90 por ciento cree que son muy necesarias. Gracias a estas campañas, el consumo de drogas, especialmente de heroína, ha disminuido, se ha retrasado la edad de inicio, la sociedad ha prestado mayor atención al problema, especialmente en el entorno familiar y escolar, y ha mejorado la cooperación internacional para prevenir su consumo y diagnosticar sus efectos.

La Fundación también desarrolla estrategias educativas y presta apoyo a maestros y educadores para que conciencien a sus alumnos del peligro de la drogadicción y desarrollen en ellos valores como la autoestima, el autocontrol, la empatía, el respeto, la tolerancia, etc., armas fundamentales para neutralizar la atracción de la droga. Para ello se sirve de varias herramientas, todas ellas de carácter anual: el Homenaje al Maestro, campaña de publicidad dirigida a sensibilizar a la sociedad sobre el importante papel que la escuela debe jugar en la lucha contra la droga; el Premio a la Acción Magistral, para recompensar proyectos educativos orientados a fomentar la solidaridad, la tolerancia, la igualdad de género, etc., entre los estudiantes de centros de enseñanza infantil, primaria y secundaria; el Premio a los Valores Sociales, con similares objetivos pero en el ámbito de la industria cinematográfica, y la organización de congresos, jornadas y seminarios para crear espacios de reflexión que ayuden a revisar de forma crítica la prevención de la drogadicción y a resolver los problemas que acarrea. Y por encima de todo, sucesivas campañas de prevención del consumo de drogas en los ámbitos familiar, educativo, sanitario, militar, policial, etc. A modo de ejemplo, en estos veinticinco años se han realizado campañas en 15.500 centros educativos, con la colaboración de 25.000 profesores y afectando a más de tres millones de estudiantes.

El otro gran legado del general Gutiérrez Mellado es sin duda el Instituto Universitario que lleva su nombre, copatrocinado por el Ministerio de Defensa y la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Su principal objetivo es llevar la cultura de defensa al ámbito universitario y ofrecer a la sociedad española un centro de investigación y docencia especializado en las cuestiones relacionadas con la búsqueda de la paz, la seguridad y la defensa. En sus quince años de existencia, el Instituto ha organizado diversos cursos de postgrado y de formación, ha abierto numerosos foros de debate y ha editado un copioso número de obras sobre estas cuestiones.

Sólo en el campo de la docencia, nada menos que 5.411 estudiantes se han matriculado en alguno de los cursos ofertados, de los que hasta el momento 19 de ellos se han doctorado y más de un centenar está realizando su tesis doctoral. Otros 95 están a punto de obtener un máster de los llamados de Bolonia, 105 han obtenido másteres propios del Instituto, 2.741 han superado diversos cursos de especialista y experto universitario, 207 el de gestión de recursos de la defensa y 280 el de gestión de crisis. Y respecto a publicaciones, el Instituto ha editado en los últimos quince años, 39 trabajos

de investigación, 14 de apoyo a la docencia, 56 estudios monográficos, 55 artículos en red y 6 cuadernos.

No cabe duda de que el general Gutiérrez Mellado se hubiera sentido orgulloso de saber que su Fundación continúa viva y cada vez más pujante, y que su nombre prestigia a un centro docente y de investigación que día a día alcanza más resonancia en ambientes académicos y que a los que estamos vinculados a él se nos recibe en cualquier foro al que acudimos con gran respeto y reconocimiento.